

Con razón define como campos de concentración los “centros de detención ilegal y extrajudicial regidos por la administración militar y utilizados para internar y clasificar, sin juicio, a los prisioneros de guerra y evadidos republicanos”, o sea, campos de trabajo forzado. De ahí salieron los famosos Batallones de Trabajadores. También presenta algo poco conocido, los tres tipos de centros de reclusión: prisiones centrales, prisiones provinciales y prisiones de partido judicial. Destaca la labor de las comunidades de religiosas en el interior de las cárceles, siendo a veces la madre superiora vocal de la junta de disciplina.

Este libro es una aportación válida al conocimiento del sistema represivo franquista desde el inicio de la sublevación hasta la década de los cuarenta. Las notas, muy abundantes y enriquecedoras, completan e ilustran perfectamente el texto. Prueban la cantidad asombrosa de textos legislativos sobre el tema por parte de las autoridades franquistas. Señalemos, por fin, una bibliografía muy seria sobre el tema de la represión franquista de guerra y posguerra.

*Jean-Pierre Castellani*  
(*Université François Rabelais Tours*)

**Gaizka Fernández Soldevilla/Raúl López Romo, *Sangre, votos, manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*. Prólogo de José Luis de la Granja. Madrid: Tecnos 2012. 403 páginas.**

El anuncio del cese definitivo de la actividad armada de ETA(m) el 20 de octubre de 2011 marcará, sin duda, un antes y un después en el devenir histórico del País Vasco contemporáneo. La sombra

del terrorismo ha condicionado los debates públicos durante muchos años, y el historiográfico no ha constituido una excepción. Si, como señala acertadamente José Luis de la Granja en su prólogo, la primera generación de estudiosos reflexionó sobre la problemática incorporación del País Vasco a la modernidad liberal-capitalista, y la segunda —en plena efervescencia de la violencia etarra— debatió sobre su traumática adaptación a los principios del pluralismo democrático con la mirada puesta en la II República y la Guerra Civil, la tercera generación de jóvenes investigadores tiene el imperativo moral de ofrecer una explicación plausible y compleja de este proceso conflictual que ha retrasado la normalización política de Euzkadi por más de medio siglo.

Desde la perspectiva de lo muy contemporáneo, Gaizka Fernández y Raúl López nos ofrecen una decena de ensayos, publicados o rigurosamente inéditos, redactados de forma individual y conjunta, que se pueden leer tanto de forma independiente como interdependiente. Ninguno de ellos trata de la historia de ETA en sentido estricto, sino de lo que podríamos designar genéricamente como su *alter ego*: el movimiento *abertzale* o nacionalista vasco radical. No tenemos delante, pues, una nueva historia de ETA como grupo(s) terrorista(s), sino una síntesis explicativa de su entorno contemplado desde sus proyecciones como movimiento social, opción político-electoral y alternativa cultural. La utilidad de la perspectiva que nos proponen los autores salta a la vista: hasta ahora no se había optado por este orden de prioridades (la cobertura política, social y cultural sobre la lucha armada) en el análisis integral del conflicto vasco, y ello empobrecía irremediablemente el análisis resultante. Era necesaria una explicación multifactorial de la violencia, en la que junto a las causas socioeconómicas y

políticas se destacase la agencia humana, la capacidad de elección concreta —racional o no, según nuestra perspectiva actual— que tuvieron los diferentes actores del drama vasco.

La relación de temas a tratar resulta elocuente. Se habla de la política de la exclusión, la escisión de ETA en 1974 y su división estratégica en las elecciones de junio de 1977, los intentos de creación de un frente nacionalista excluyente en Chiberta en la primavera de ese año, la formación y subordinación de HB a los dictados de ETA(m), el proyecto político de *Pertur* que desembocó en la creación de EIA y EE, la movilización de masas como respuesta del nacionalismo radical a la progresiva institucionalización democrática y los discursos y las prácticas sociales hacia las víctimas consideradas como enemigos a erradicar. A veces las presentaciones de cada capítulo resultan algo reiterativas, y no siempre se conectan con eficacia las estrategias de estos actores políticos con las respuestas, no siempre concordantes, dadas desde la estructura estatal. Pero la coherencia del conjunto resulta evidente cuando constatamos el enfrentamiento dialéctico de los valores de la comunidad *versus* los de la ciudadanía que atraviesa toda la obra.

El libro arranca en la protohistoria del nacionalismo vasco: los criterios y modalidades de la exclusión racial y la denigración del adversario condensados en la xenofobia antiespañola de la doctrina sabiniana, de *Aberri* y *Jagi-Jagi*. Sin embargo, durante el tardofranquismo el nacionalismo *abertzale* cambió estos principios de exclusión por otros basados en criterios lingüísticos e ideológicos, aunque siempre prevaleció el odio a España como principal línea de fractura simbólica: el enemigo interno entendido como factor de desnacionalización. La narrativa heroica-bélica-martirial que arrancó con la muerte

de Txabi Etxebarrieta en junio de 1968 cobró nuevos vuelos con la ejecución de Juan Paredes, *Txiki*, el 27 de septiembre de 1975. La muerte de este primer mártir de origen emigrante dio nacimiento al Gudari Eguna y catapultó la popularidad de ETA como integradora de la comunidad vasca a través de su proyecto de liberación nacional.

Los dos siguientes capítulos dan cuenta de la trascendencia de las opciones tomadas por los diferentes actores a inicios de la Transición: el mosaico de tendencias de la izquierda nacionalista, que no logró crear una plataforma política estable hasta 1977, queda ejemplificado en la fracasada formación de un potente partido *abertzale* socialista y popular como se pretendió que fuera el Euskal Erriko Alderdi Sozialista (EHAS). Mientras que Euskadiko Ezkerra (EE) se presentó como plataforma electoral apoyada por ETA(pm) para las elecciones de 1977, ETA(m) fracasó en el boicot a las mismas, incrementando su asilamiento y radicalidad. Las reuniones frentistas mantenidas en Chiberta (Bayona) en abril-mayo de 1977 aparecen como un compendio de las complejas relaciones que mantuvieron el PNV y ETA desde los años sesenta. La discrepancia táctica y estratégica escenificada en esas reuniones generó los tres bloques en que se dividió el nacionalismo vasco desde 1978 hasta el final de la Transición: el colaboracionismo del PNV, el posibilismo de EE y el maximalismo de HB. No resulta extraño que el acuerdo soberanista de Lizarra en 1998 tuviese un recorrido limitado, y ya que se debió a factores coyunturales como la alianza sindical *abertzale*, la conclusión del proceso de paz en el Ulster, la crisis de los gobiernos PNV-PSE-EE y el problema de mantener la hegemonía política nacionalista tras la oleada de movilizaciones críticas suscitadas por el asesinato de Miguel Ángel Blanco.

La conformación de plataformas político-electorales de apoyo a las dos principales ramas de ETA es el contenido temático de los tres capítulos siguientes. La idea “mili” de separar orgánicamente el frente político y el militar en 1975 dio lugar a EHAS y luego al Herriko Alderdi Sozialista Iraultzailea (HASI) en julio de 1977. En ambos se apostó por el mantenimiento de la estrategia marxista-leninista de vanguardia armada. Tras la Mesa de Alsasua de octubre de 1977, LAIA, EIA, ANV y ESB crearon una plataforma electoral para competir con EE. En abril de 1978, este proceso de convergencia dio lugar a Herri Batasuna (HB), cuyo primer objetivo fue postular el no en el referéndum constitucional. En la rama “polimili”, la ponencia *Otsagabia* diseñada por *Pertur* en 1976 trató también de separar la lucha política y la armada, pero encerraba la novedad de aspirar a una colaboración con la extrema izquierda no nacionalista a través del Euskal Iraultzarako Alderdia (EIA), que surgió en 1977 como hechura de ETA(pm), pero de la que luego se fue emancipando hasta integrar EE como plataforma electoral. Los autores cuentan en detalle la feroz lucha que se declaró entonces por el control del capital simbólico y político de la ETA histórica entre HASI (controlado por *Argala*) y EIA (dirigido por Mario Onaindía), con batallas secuenciales como la subordinación del sindicato LAB en octubre de 1980 y el control del diario *abertzale Egin* desde 1978. La querrela se zanjó con la victoria electoral de HB sobre EE en las elecciones de 1979. Aunque el entorno “polimili” vio descorazonado cómo parte de su militancia se pasaba al *abertzalismo* más intransigente, la evolución política de ambas coaliciones dice mucho de su autonomía de relación con el “brazo armado”: mientras que el creciente control de HB por ETA(m) desde fines de 1979 condujo

al abandono de LAIA y ESB en febrero del año siguiente, EE fue transitando —en medio de fuertes tensiones entre la táctica parlamentaria y el terrorismo— desde el maximalismo al socialismo democrático y desde el nacionalismo radical al heterodoxo con sus sucesivas alianzas con el EMK hasta 1978, el PCE-EPK en 1982 y el PSE-PSOE desde 1993.

Otro bloque de trabajos analiza la cultura política *abertzale* y el papel de la intensa movilización de masas con base en la metáfora del “pueblo en marcha” ya existente en los años treinta, como complemento de la estrategia de abandono y desautorización del régimen parlamentario autonómico y estatal. Los autores proponen una periodización de las manifestaciones callejeras desde la etapa épica antifranquista de 1966-1977 hasta el monopolio coactivo de la calle en 1978-1984 y la pérdida progresiva de hegemonía desde 1995 a 2011, con inflexión evidente en las manifestaciones espontáneas de protesta por la muerte de Miguel Ángel Blanco en el verano de 1997. La relación del nacionalismo radical con los nuevos movimientos sociales (especialmente de KAS con los movimientos feminista o antinuclear en campañas como la dirigida contra la central nuclear de Lemóniz) corrobora su gran eficacia a la hora de capitalizar y politizar en sentido nacionalista de estos movimientos reivindicativos de naturaleza transversal. El último trabajo del libro abunda en estas estrategias colaterales: la historia de las erráticas relaciones del movimiento *abertzale* con las extremas izquierdas marxistas-leninistas es, como en el caso de los ensayos frentistas o la competencia electoral por el espacio nacionalista más radicalizado, la crónica de una frustración trasmutada en resentimiento y desencuentro permanentes. Ambos movimientos se vieron como posibles “compañeros de viaje” susceptibles de manipular

a un interlocutor que era visto más bien como un enemigo al que había que anular políticamente. Pero la extrema izquierda desapareció virtualmente del mapa tras las elecciones de 1977, y prefirió refugiarse en los nuevos movimientos sociales.

El ensayo sobre la muerte del “español” plantea una propuesta sobre las diferentes formas de representación del enemigo. En la narrativa *abertzale* se encuentran todos los ingredientes de la demagogia victimista: la transferencia de la responsabilidad del atentado lejos de ETA y de la causa que dice defender por medio de una recreación historicista del presunto pasado nacional entendido como un agravio secular vindicado mediante un renacimiento a través de la violencia. Esta ideología claramente palingenésica vincula al nacionalismo radical vasco directamente con movimientos y regímenes totalitarios como el nazismo o el estalinismo, sobre todo cuando en ella se encuentran otros elementos retóricos como la dicotomización nosotros (vascos)/ellos (españoles), el belicismo redentor que exalta la historia de una lucha proseguida desde las guerras carlistas, o el proceso gradual de estigmatización, incompatibilidad, segregación y eliminación del presunto enemigo. Las cuatro fases que establecen los autores para valorar esta representación del enemigo a través del tiempo explican mejor la designación de las víctimas que los posibles cambios en la justificación de sus muertes, si bien pueden constatar variaciones desde la condena inicial de los vascos franquistas como agentes de desnacionalización (1958-1966) en la línea marcada por Federico Krutwig, hasta la conversión de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado en objetivos legítimos de la estrategia de la “espiral” (1968-1977), la animalización y cosificación del enemigo en la etapa de la “guerra larga” donde sólo se pretendía acumular muertos

en una ilusoria mesa de negociaciones (1978-1994) y la extensión del carácter de víctima potencial a todos los sectores sociales y políticos caracterizados por su identidad ciudadana antes que comunitaria durante la fase postrera de “socialización del sufrimiento”. Lamentablemente, falta en el libro un estudio sobre las razones del declive de ETA(m) y el movimiento *abertzale* y el debate interno que condujo a la apuesta actual por una estrategia de abandono de la violencia.

Fernández Soldevilla y López Romo nos ofrecen una explicación final de la persistencia de la violencia en Euzkadi de carácter multifactorial, marcada por la atención a niveles macro, meso y micro-social, de acuerdo con el modelo marcado por Donatella Della Porta en su obra *Social Movements, Political Violence, and the State* (1995). Evidentemente, la industrialización, la urbanización y la emigración masiva fueron el telón de fondo del renacimiento de un nacionalismo étnico y exclusivista que rápidamente entró en colisión con el carácter inherentemente represivo de la dictadura franquista. Pero la voluntad de los actores por asumir deliberadamente políticas identitarias excluyentes de etnia o de clase y por involucrarse decididamente en la espiral de la violencia política son factores esenciales que aparecen sistemáticamente en el libro y que son correctamente valorados y destacados en todo momento. La estructura de oportunidades culturales (la pervivencia del sustrato comunitarista excluyente de raíz sabiniana), organizativas (la adopción de modalidades de lucha armada ya presentes en el Tercer Mundo) y políticas (desde la torpeza represiva del franquismo al marco de facilitamiento de la acción que brindaban las libertades democráticas) jugaron en favor del terrorismo. Tampoco hay que menospreciar la incidencia coyuntural de factores como la represión legal e ilegal (la cifra de muertos

en Euzkadi entre 1975 y 1982 que aporta Sophie Baby en su reciente libro *Le mythe de la transition pacifique*, Madrid, Casa de Velázquez, 2013, es de 390, de los que cerca de un 25% fueron obra de la represión policial y la violencia de extrema derecha), el “santuario” francés, la débil estrategia de unidad democrática de los partidos políticos, el carácter disuasorio del autogobierno o la virtualidad estimulante de la violencia que tenían las frustraciones de la población canalizadas eficazmente por HB. A ese respecto, no cabe duda de que las expresiones de la represión individual saltaron del ámbito individual al colectivo gracias a la mediación de redes sociales cada vez más densas e integradas en torno a la alternativa política *abertzale*. Un resentimiento eficazmente dirigido con objetivos políticos.

El libro de Fernández Soldevilla y López Romo, decididamente beligerante contra las tergiversaciones procedentes de la “comunidad incivil” *abertzale*, es un ejemplo a seguir de esa nueva historiografía vasca que se adentra sin complejos, pero con un sólido bagaje científico, en los vericuetos más intrincados de la historia reciente de Euzkadi.

*Eduardo González Calleja*  
(Universidad Carlos III de Madrid)

**Javier Tébar Hurtado (ed.): “Resistencia ordinaria”. La militancia y el antifranquismo catalán ante el Tribunal de Orden Público (1963-1977). Valencia: Universitat de Valencia 2012. 220 páginas.**

Estamos ante un libro evidentemente especializado, que aborda aspectos de finales del franquismo y de comienzos de la Transición de manera poco frecuente. Un libro que, sin eludir ninguna de las

problemáticas centrales del período, transmite una voluntad de saber, de plantear nuevas preguntas y ensayar nuevas hipótesis, sorteando los tan trillados caminos del relato político de la movilización antifranquista que ha terminado por integrar la represión en un capítulo secundario de la transición a la democracia.

Para ello, como se explicita sobre todo en la primera parte, hay una clara delimitación del trabajo y de sus objetivos, concebidos tanto como una herramienta teórica como su aplicación práctica sobre el espacio político catalán del tardofranquismo. No en vano cuentan y tratan de poner en valor, como efectivamente hacen, con el importante material conservado en el Archivo Histórico de Comisiones Obreras de Cataluña, fundamentalmente usado aquí, el relativo a la defensa de los abogados y, muy especialmente, la base de datos y los expedientes del Tribunal de Orden Público (TOP) durante toda su vigencia en Cataluña. Sobre esa clara diferenciación teórico-práctica se estructura un libro en el que intervienen diez autores, cuya idea central reside en sostener que la represión policial y judicial tuvo un efecto dinamizador de la movilización política antifranquista, ya que contribuyó a que esta saliera de su formato de militancia minoritaria en la que se venía desarrollando desde los años 50, hacia otro mayoritario que constituiría la llamada “resistencia ordinaria”.

Tesis que como el propio texto reconoce se enfrenta de lleno con el problema de las políticas de memoria españolas y específicamente con las del ámbito catalán, donde el *puyolismo* ha terminado apropiándose de la lucha por la libertad. Parte pues, del presente, de la memoria y su utilización como herramienta política, y de la crítica con el proceso de gestión de la memoria pública de ámbito estatal, y de nuevo, específicamente del ámbito